

LA UNIVERSIDAD COMO GENERADORA DE AUTONOMIA NACIONAL*

FRANCISCO MIRO QUESADA**

Para que la presente ponencia constituya un adecuado punto de partida en la discusión, es necesario aclarar los conceptos básicos que se utilizan en el texto. Estos conceptos son: universidad, conocimiento racional, autonomía, autonomía nacional, cultura.

LA UNIVERSIDAD

Sobre el concepto de universidad hemos hablado en detalle durante la reunión sobre Extensión y Difusión Cultural, organizada por la UDUAL el mes de marzo de 1973, en la ciudad de México. Los trabajos de esta reunión han sido publicados pocos meses después con una rapidez y una fidelidad en los textos que hablan muy alto de la capacidad organizadora de los dirigentes de la UDUAL. Debido a la estrechez del espacio, inevitable en ese tipo de ponencia, remito a quien se interese por mayores detalles, a esta publicación. En lo que sigue nos limitamos a los lineamientos esenciales.

La universidad, tal como existe en el mundo moderno, es una institución que responde a una concepción racionalista de la vida. En la universidad se persigue el conocimiento científico de la realidad en todos sus aspectos, tanto naturales como sociales. El conocimiento científico es un conocimiento racionalmente fundado, es decir, un conocimiento con capacidad suasoria universal, porque su contenido no es arbitrario, sino que se constituye mediante el uso de principios que todo ser humano de sano entendimiento tiene que aceptar. Estos principios son racionales, son constitutivos de la condición humana. Quien es capaz de forjar conocimientos fundados sobre ellos obliga a los demás a aceptarlos. Un conocimiento racional fundado tiene, por eso, validez universal.

El ideal de vida racional nace en Grecia, cuando un grupo de pensadores se rebela contra el imperio del mito y decide utilizar su razón para resolver los problemas teóricos y prácticos que constituyen la vida humana. El mito es un factor de aglutinación social; gracias a su poder sacralizante, ciertos individuos o grupos humanos justifican su dominio e imponen un orden social determinado. La razón es un factor de disolución social, es un elemento desacralizante, un poder subversivo. Y, por eso mismo, liberador. Desde su inicio, el pensamiento racional se yergue contra el mito, disuelve todos los argumentos que los grupos dominantes utilizan para justificar su poder. Y señala el camino a seguir: la sociedad perfecta es una sociedad racional, en donde el poder de los gobernantes no se funde en el oscuro terror del mito, sino en la clara luz de la razón, en donde las jerarquías no provengan de la implacable voluntad de los dioses, sino del consenso de los hombres libres. Por eso, desde que nace el proyecto de vida racional, o lo que es lo mismo, la filosofía, nace como un proyecto político. Si el hombre decide utilizar su razón como criterio para resolver los problemas teóricos y prácticos que atañen a su vida, tiene que organizar racionalmente la sociedad, que es donde existen los problemas más significativos y urgentes. Y si quiere organizar racionalmente la sociedad, tiene que cambiarla. El ideal de vida racional conduce, así, a la idea de un modelo de vida humana que tiene que ser realizado mediante la praxis política.

Es fundamental tener en cuenta que el ideal de vida racional no es solamente teórico sino que es, también, práctico. Más aún, es predominantemente práctico. Lo que persigue el hombre que asume dicho ideal, no es la mera contemplación teórica. Es la acción transformadora, la acción que conecta el modelo ideal con la realidad, la lucha efectiva para resolver problemas humanos.

* Ponencia presentada a la VII Asamblea General de la Unión de Universidades de América Latina, celebrada del 7 al 11 de noviembre de 1976, en la ciudad de Oaxtepec, Morelos.

** Profesor Emérito de la Universidad de San Marcos. Encargado del Programa Académico de Filosofía de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima, Perú.

La universidad nace como producto directo del ideal de vida racional. Platón, el hombre que sistematiza por vez primera y, en cierto sentido, definitiva, el ideal de vida racional, es también el hombre que crea la primera universidad. El ideal de vida racional se propone una meta que rebasa la capacidad individual. La razón es limitada, pero la realidad es ilimitada. La adquisición de conocimientos racionales es una exigencia difícil de cumplir. Mientras más se avanza en la realización del proyecto de vida racional, mayores son las dificultades que se encuentran. La única manera, por eso, de avanzar sin desmayo, racionalizando cada vez más la realidad, es el esfuerzo colectivo. La adquisición de nuestros conocimientos debe organizarse en torno de una institución que facilite ese esfuerzo para resolver las dificultades que encuentra el individuo aislado. Este esfuerzo colectivo se intenta, por vez primera en la historia de Occidente, aún tenido de esoterismo, en la escuela pitagórica, y ya libre organizado, culmina en los jardines de Academo. Nace, así, la primera universidad.

Después de experimentar un rápido desarrollo y de institucionalizarse en la Escuela de Alejandría, la universidad sufre un eclipse y reaparece en la segunda mitad de la Edad Media.

En el Renacimiento comienza a adquirir las formas que se acentúan durante el siglo XIX para constituir la universidad moderna. Su función es la misma: ofrecer los medios teóricos, en el más alto nivel, necesarios para resolver los problemas humanos de manera racional. La universidad es, en el mundo moderno, la manifestación más característica del ideal de vida racional, es la casa de la razón.

UNIVERSIDAD Y LIBERACION

El proyecto de vida racional que nace en Grecia y que se transforma en vigencia constitutiva de Occidente, es un proyecto liberador. El individuo, al utilizar su razón para resolver sus problemas teóricos y prácticos, disuelve el mito, y rechazando todo dominio arbitrario, decide ser dueño de su propio destino. La razón lo guía en su gran aventura, en su marcha hacia la forjación de una nueva sociedad que se adecúe al modelo descubierto por ella. La universidad es resultado de este proyecto. Su propio origen, su estructura constitutiva le imponen así, de manera inescapable, su tarea: ser el instrumento teórico fundamental, en el proceso de racionalización del mundo, y, en consecuencia, ofrecer las bases teóricas para forjar el modelo adecuado de sociedad justa. La sociedad justa es la sociedad en la cual todos los hombres pueden vivir racionalmente, o lo que es lo mismo, es la sociedad en la que se ha eliminado la arbitrariedad. Sociedad racional, sociedad justa, sociedad no arbitraria, son sinónimos en las altas cimas del pensamiento. Por eso, la universidad es, fundamentalmente, por su origen y su función, un medio de liberación humana. No sólo un medio, es el medio fundamental, es el crisol, en donde el ser humano, liberado definitivamente del mito, liberado de las cadenas de justificación sacralizante, encuentra la solución teórica al problema de la sociedad justa, e indica el camino para su realización práctica.

Su función le impone su forma y su contenido. La universidad debe ser una colectividad de hombres libres, dedicados a encontrar el modelo perfecto de sociedad racional o justa y los medios necesarios para realizarlo. La realización del modelo exige la adquisición permanente de conocimientos fundados, es decir, científicos. Por tratarse de un modelo perfecto, sólo puede hallarse de manera aproximada, aunque en una aproximación cada vez más cercana del límite. Por tratarse de la realización de un ideal, los esfuerzos humanos se encuentran con las resistencias que opone toda realidad, cualquiera que sea su tipo, a ser transformada. La necesidad de transformar la realidad para adecuarla al ideal, exige su conocimiento minucioso y sistemático. Sin conocer las leyes del comportamiento de los hechos cosmológicos y sociales, es imposible transformar la realidad. Por eso, en la universidad deben estudiarse las ciencias cuyo conocimiento hace posible la transformación del mundo. Y como esta transformación es total, la universidad persigue el conocimiento de todas las ciencias. Pero sin perder la meta final: la realización del modelo.

LIBERACION Y AUTONOMIA

La razón es universal y el ideal de sociedad justa no puede ser sino un ideal aplicable a la totalidad del conglomerado humano. Pero la historia ha conformado una realidad irracional. La sociedad, en lugar de ser racional, es arbitraria. A través de un proceso seguramente inevitable que estaría demás describir en estas líneas, los hombres se organizan en sociedades particulares. Dentro de ellas, pequeños grupos ejercen su dominio sobre la mayoría, y, dentro del concierto de las naciones, unas dominan a otras.

Pero el ideal de vida racional exige libertad, porque la razón es la facultad de lo no arbitrario. Mientras unos hombres ejerzan un poder arbitrario sobre otros hombres, la vida humana será irracional. La racionalización del mundo exige por eso la forjación de una sociedad no arbitraria. Y esta exigencia no puede dejar de ser doble: no arbitrariedad interna, no arbitrariedad externa. O sea, racionalidad de la vida nacional, racionalidad de la vida internacional. La meta última es eliminar la vida internacional gracias al advenimiento de una sociedad universal de la cual se haya eliminado para siempre la arbitrariedad.

La eliminación de la arbitrariedad externa significa la autonomía de la nación. De manera general, puede definirse la autonomía como la capacidad de tomar decisiones con total independencia de la voluntad ajena. Ser autónomo significa, etimológicamente, darse su propia ley. Desde el punto de vista del ideal racional (de vida), ser autónomo significa ser capaz de proceder racionalmente. Para actuar racionalmente hay que tomar las decisiones fundadas en el análisis racional y la esencia de este análisis es que sus resultados no dependen sino de la pura razón. Toda acción arbitraria que obligue al individuo o al grupo a desviarse de las pautas que resultan de su análisis racional es una acción arbitraria, es decir irracional. La autonomía del individuo, del grupo, de la nación, es, por eso, un teorema del axioma constituido por el ideal de vida racional.

LA UNIVERSIDAD Y LA AUTONOMÍA NACIONAL

Si la universidad es el instrumento fundamental creado por la colectividad para contribuir, en el más alto nivel teórico, a la realización del ideal de vida racional, tiene que brindar los medios intelectuales para lograr la autonomía interna de los miembros de la colectividad y la autonomía externa de la nación. La universidad debe brindar, por eso, los conocimientos necesarios para analizar el concepto de autonomía en sus diversas especificaciones, para estudiar la relación entre la acción autónoma y la racionalidad de la vida social (límite de la acción autónoma frente a la autonomía de los demás), y las condiciones que deben imperar en la historia para que las naciones sean autónomas, y para que esta autonomía sea el vehículo que conduzca, en último término, a una colectividad universal en donde haya desaparecido la necesidad de la autonomía externa porque se ha llegado a transformar el mundo en la morada del hombre.

La relación entre la universidad y la autonomía nacional es pues, constitutiva. No se concibe una universidad que no contribuya, mediante sus medios teóricos disponibles, a afianzar el proceso colectivo encauzado hacia la autonomía nacional. Una universidad que no cumpla este cometido no está cumpliendo su función, está dejando de realizar una de sus misiones fundamentales, por la sencilla razón de que sin autonomía no puede haber racionalidad en la vida colectiva.

CONOCIMIENTO E IDEOLOGIA

A partir del ideal de vida racional, la misión de la universidad en relación a la autonomía nacional, queda determinada de manera clara y precisa. Sin embargo, cuando se observa la trayectoria histórica de la universidad, se contempla un panorama desconcertante. La universidad nunca ha podido cumplir su misión con eficacia. A veces, incluso, ha sido una rémora para el proceso de liberación que es la consecuencia directa del ideal de vida racional sobre el que aquella se constituye. Esto no quiere decir que la universidad nunca ha contribuido a la forjación de la autonomía nacional. De manera constante, en la universidad se han planteado y discutido las ideas fundamentales que orientan los procesos de liberación humana, entre las cuales ocupa

un lugar de excepción la idea de autonomía nacional. Sólo que al lado de momentos estelares, se encuentran momentos opacos, lapsos de empantanamiento e incluso contracorrientes nefastas que atentan directamente contra su misión.

Son muchas las causas de esta ineficacia. Pero la principal es, en nuestro concepto, un hecho que no sólo atañe a la universidad sino a la totalidad de la vida social: el hecho de la ideologización. La ideologización es la espada de Democles que se cierne, a través de la historia, sobre la razón humana. La razón, por el sólo hecho de perseguir la solución de problemas teóricos y prácticos, tiene que constituir nuestros conocimientos sobre la base de la objetividad. Si los conocimientos que el ser humano conquista por medio de su razón no son objetivos, entonces no permiten resolver ningún problema. Si no son de valor necesario y universal, si una vez nos presentan un contenido, y otra vez, el contenido contradictorio, entonces no podemos disponer de medios para actuar sobre la realidad y transformarla. Por eso, la razón puede definirse también como la facultad del conocimiento objetivo. Pero el sujeto que conoce, por el mero hecho de ser sujeto, deforma la realidad que aprehende, la ve desde su propia perspectiva, y su razón tiene, por eso, dificultades graves para captar los casos tales como son en sí.

El milagro de la razón es su capacidad de corregir los errores cognoscitivos derivados de la perspectiva impuesta inevitablemente por la subjetividad del cognoscente. Sin salirse de sí mismo, el cognoscente se da cuenta de que su conocimiento de las cosas ha sido deformado por factores subjetivos, y es capaz de corregir esta deformación, de reajustar el contenido de su conocimiento y de acercarse cada vez más a la objetividad perseguida. Si no fuera por esta asombrosa capacidad, el ser humano sería totalmente incapaz de conocimiento. No sena, por lo tanto, humano; no sería un ser capaz de tener un mundo y de enfrentarse a él para transformarlo.

La historia del conocimiento humano, es decir la historia de la manera como el ser humano ha ido realizando el ideal de vida racional en el plano teórico, es la historia de la lucha entre la subjetividad y la objetividad, entre la deformación derivada de la mera condición subjetiva del cognoscente y su afán de sobrepasar esta limitación para captar, a la luz de la verdad, las cosas en sí mismas. Esta lucha tiene etapas y cada etapa significa una ascensión hacia el reino de la objetividad, un triunfo de la universalidad de la razón sobre la limitación y la particularidad de nuestra condición subjetiva.

La primera deformación subjetiva que superaron los pensadores de occidente fue la derivada de la situación del hombre en el cosmos. Los griegos se dieron ya cuenta de que su posición en el universo producía deformaciones sobre la captación de los hechos celestes. Comprendieron que los movimientos, en apariencia incoherentes de los planetas, se debían a la situación del observador. Los movimientos de los planetas eran por naturaleza geométricos y obedecían a leyes perfectas.

Siguiendo en esta dirección, impulsados por el ideal de vida racional, crearon la primera ciencia empírica: la astronomía. Por medio de la razón comenzaron a descubrir la realidad, a alcanzar conocimientos objetivos. Desde luego tuvieron limitaciones. En el comienzo se instala siempre el error. Pero también se instala la posibilidad de superarlo. Y hoy día, a pesar del fabuloso desarrollo de la astronomía, su descubrimiento fundamental sigue en pie: los astros se mueven siguiendo curvas geométricas y de acuerdo a una legislación rigurosa.

Los griegos también descubrieron otro tipo de deformación subjetiva: la derivada de nuestra constitución biológica. Se dieron cuenta del problema que era la visión distorsionada de un objeto cuando pasa de un medio a otro. Platón analiza la deformación de una varilla parcialmente introducida en el agua y muestra cómo el conocimiento sensible es relativo y contradictorio. Mas, a pesar de que crean la física gracias a los trabajos de Arquímedes, no logran desarrollarla, debido a la carencia de medios analíticos adecuados (conceptuación matemática). Es sólo con el progreso de la física y de la biología que el hombre moderno es capaz de comprender que los sentidos deforman la realidad al captarla, y que las cosas físicas son diferentes de lo que parecen. La moderna teoría atómica de la materia, mediante una grandiosa y compleja elaboración conceptual, ha permitido al hombre acercarse a la verdadera realidad física, hasta distancias difíciles de imaginar por los antiguos.

Pero no basta descubrir la causa de las deformaciones subjetivas de la realidad física para superar las dificultades derivadas de la condición subjetiva del cognoscente. Conforme la razón progresa en su marcha hacia la realización de su ideal, va descubriendo nuevas causas de subjetivización. Cuando cree que ha dado, por fin, el paso decisivo hacia la objetividad, descubre que además de las causas descubiertas, existen muchas más. En la actualidad, curada ya para siempre de su ingenuidad, sabe que la lucha no tiene término. Sabe que, por más que haga, nunca podrá eliminar por completo las causas de subjetivización, y que, conforme se vaya acercando más y más hacia la objetividad perfecta, irá descubriendo más y más causas de subjetivización, algunas de las cuales son tan sutiles y profundas que sólo pueden descubrirse cuando se crean nuevos y más poderosos medios teóricos. Una de ellas es la situación del cognoscente en el cosmos social. Así como la situación del sujeto en el universo produce deformaciones de todo tipo, también su situación en el conglomerado social le impone una visión de la realidad social, e incluso cosmológica, que no corresponde a la realidad de las cosas. Por el solo hecho de pertenecer a una determinada clase social, el cognoscente ve la realidad de determinada manera. Sucede lo mismo que sucede en relación al mundo natural. El sujeto que pertenece a un planeta como la Tierra, no puede dejar de ver el cosmos como lo ve: la Tierra es plana, los astros giran en torno de ella, la Galaxia donde vivimos huye de nuestra visión y sólo contemplamos una estría en el cielo, un camino brillante y tenue, como si estuviera formado por polvo de estrellas. Por el solo hecho de pertenecer a una clase, vemos la sociedad de una manera, aceptamos ciertos valores y ciertas normas, los dogmas de cierta religión nos parecen verdades evidentes, separamos la belleza de la fealdad de manera absoluta, clasificamos a los hombres de acuerdo a rígidas jerarquías, aceptamos como sagrada e inmutable determinada organización de la vida. Y hasta tendemos a ver la realidad cósmica de manera característica: vemos el mundo como una realidad eterna e inmutable, como una obra creada por un Dios personal, o como una realidad divina de la que formamos parte, o como un destino muerto, producto del caos y del azar.

Mientras más cercana es una realidad de nosotros mismos, es más difícil descubrir su deformación subjetiva. Mientras más estamos en ella, más evidente nos parece su aparición. Por eso el descubrimiento de la deformación subjetiva producida por nuestra ubicación en el conglomerado social, sólo fue logrado después de una milenaria evolución. Los griegos, con su prodigiosa inteligencia, la sospecharon. Los sofistas descubrieron el principio general de la deformación subjetiva: el hombre es la medida de todas las cosas (Protágoras) y se dieron cuenta de que las variaciones en la conformación de la sociedad influían en nuestras creencias. Los etíopes tienen dioses negros, y si los bueyes tuvieran religión, sus dioses tendrían cuernos, dice Jenófanes. Pero, como es comprensible, no podían pasar más allá de pequeñas vislumbres. Es sólo con la modernidad que el hombre toma plena conciencia de la deformación subjetiva producida por su posición en la sociedad, deformación que fue bautizada por Marx con el nombre de ideología y cuyo estudio constituye hoy día una importante rama científica: la sociología del saber.

La ideologización de nuestro conocimiento de la realidad tiene una base común con la deformación subjetiva en nuestra aprehensión del cosmos: se deriva de la situación del sujeto en relación a una totalidad de la cual es parte. Pero tiene una diferencia fundamental: en el caso de la relación entre el individuo y el conglomerado social al cual pertenece, la deformación se encauza hacia los intereses de dicho grupo. Estos intereses se concentran en uno solo, que aliguna todos los demás: el afán de mantener el poder del grupo. La deformación subjetiva es, por eso, una deformación que, además de ser teórica, es práctica. No sólo deforma la manera como vemos las cosas, sino que facilita el funcionamiento del mecanismo del poder. La clase dominante impone su manera de ver el mundo a la clase dominada. Esta acepta la visión impuesta, y la común aceptación de las pautas de conducta permite el funcionamiento del sistema social de manera que el grupo dominante se afiance y se perpetúe en el poder.

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo influye la dinámica del poder en nuestros mecanismos cognoscitivos para que se produzca este tipo de deformación? Aclarar este problema es de apasionante interés. Es además, urgente. Aunque parezca mentira, a pesar de los miles de libros que se han escrito sobre las ideologías y los procesos de ideologización, hoy por hoy, hasta donde llega nuestra información, no se ha incidido sobre este tema central. Ni siquiera se ha aclarado cómo es posible que una ciencia se ideologice.

Aún no se sabe cuál es la relación entre la estructura de una teoría y los procesos de ideologización. No se ha analizado la manera como se relacionan los axiomas de una teoría, o sus métodos de verificación, o la lógica que utiliza para derivar los teoremas, con el proceso de subjetivización que hace que dicha teoría presente una visión deformada de la realidad que convenga al grupo dominante. Fuera de afirmaciones más o menos ciertas pero sumamente vagas, como por ejemplo: “el sujeto elige los datos que le convienen” o “el científico olvida lo que verdaderamente es real”... nada se ha hecho para entrar en el detalle. Pero este tema, apasionante en sí y de urgente tratamiento, rebasa los marcos del presente trabajo. Lo que nos interesa aquí es mostrar cómo la causa principal de la ineficiencia de la universidad en el cumplimiento de su misión liberadora es, precisamente, la ideologización.

LA UNIVERSIDAD Y LA IDEOLOGIA DE LA CULTURA

A partir del Renacimiento el ideal de vida racional comienza a difundirse rápidamente en Europa. A mediados del siglo XVII, el ideal es la meta que atrae la creación de las más grandes mentes europeas. A comienzos del siglo XVIII se ha transformado en una vigencia constitutiva de la Cultura Occidental. El proceso mediante el cual llega a transformarse en vigencia es altamente completo, y no podemos describirlo en estas líneas. Creemos sin embargo, que hay dos razones importantes para la formación de la vigencia: el deslumbramiento que produce en la mente popular el éxito de la ciencia natural, uno de los productos más espectaculares de la razón humana, y el poder desacralizante de la razón, poder que es utilizado por la burguesía ascendente en su lucha contra el poder de la aristocracia.

La transformación en vigencia constitutiva del ideal de vida racional, conduce directamente a una crítica demoleadora del sistema social y político imperante. Y esta crítica hace posible el trascendental proceso histórico que se desarrolla en dos etapas: la Revolución Inglesa y luego, su secuela y culminación: la Revolución Francesa. Queremos dejar constancia de que no somos intelectualistas. No estamos afirmando que el ideal de vida racional conduce a estas revoluciones, sino que las hace posibles. El ideal conduce a la crítica y la crítica hace posible la revolución. Pero esta crítica no se hace por razones puramente racionales. Acabamos de decir que el poder desacralizante de la razón conviene a la burguesía en su lucha contra la aristocracia. Esta conveniencia es una conveniencia de clase y la utilización de la crítica racional para demoler el poder de la aristocracia es un episodio en la lucha de clase que se desenvuelve a través de la historia. Nuestra insistencia en los aspectos racionales del proceso y en la incidencia del ideal de vida racional sobre la vida histórica, se debe a que estamos hablando de la universidad y a que la institución universitaria y todas las peripecias históricas que la conciernen se vuelven ininteligibles, si no se tiene en cuenta el impacto del ideal de vida racional en la historia de Occidente.

Las dos revoluciones mencionadas se desenvuelven, en el plano doctrinario, inspiradas por el ideal de vida racional. Pero en la Revolución Inglesa este ideal, aunque es ya la meta de trasfondo, sólo se explicita de manera aislada (Lillburn, Overton, Winstanley, etc.) . Es la Revolución Francesa la que despliega en todo su brillo y majestad la idea de una sociedad justa fundada en la razón. El ideal de vida racional, como hemos visto, conduce directamente a la creación de una sociedad no arbitraria en la que pueda realizarse la plenitud del hombre. Por eso es saludada por el más grande pensador de la época, Manuel Kant, como el advenimiento del reino de la razón. Cuando parece haber triunfado definitivamente, la Revolución Francesa da la impresión de que por fin, la larga y dramática lucha del hombre por la instauración de una sociedad racional o justa, ha llegado a su término. Comienza una nueva historia, la historia que consiste en la realización progresiva y sin interrupciones del ideal de vida racional.

Pero el motor principal en el proceso revolucionario que culmina con el derrocamiento de la monarquía en Francia, es la burguesía. Una burguesía ilustrada que ha producido el formidable movimiento intelectual que culmina en la creación de la ciencia moderna y de la filosofía crítica. Es incuestionable que esta burguesía tiene una nítida visión del ideal de vida racional. Y por eso, sus planteamientos poseen la universalidad exigida por los principios de la razón. La revolución que hace, es una revolución universal, que persigue la liberación de todos los hombres. Por eso, el lema glorioso de los revolucionarios es: Igualdad, Libertad, Fraternidad.

Pero por eso mismo, por el hecho de pertenecer a la clase burguesa, los grandes revolucionarios ven todo el proceso desde una perspectiva deformante. La deformación es sutil, tan sutil que se hace difícil detectarla. La razón, por ser el principio supremo que orienta la acción del hombre, es el valor supremo. Todo hombre debe perseguir el máximo de lucidez racional. Y este máximo de lucidez se consigue a través de la cultura, la suprema creación de la razón. En consecuencia, el ideal educativo es la asimilación de cultura y la posesión del poder para crearla.

La universidad, la casa de la razón, debe ser el crisol de la cultura. La universidad se constituye así como un centro de transmisión de cultura. Y de esta manera se va alejando insensiblemente de su función originaria. La academia platónica tiene antes que nada una función de transformación. Los filósofos se reúnen en ella para estudiar racionalmente el modelo ideal de sociedad, el modelo que debe ser realizado, por la acción del político. Las ciencias se estudian, desde luego, con gran interés. Pero su estudio es sobre todo pragmático: lo que interesa es preparar el futuro gobernante. La universidad, así, por el hecho de ser la institución encargada de realizar en el plano teórico del ideal de vida racional, tiene, sobre todas las cosas, una función política. Pero al transformarse en un centro de transmisión y creación de cultura, deja de tener un sentido político y se orienta hacia la ciencia desinteresada. Desde luego, oficialmente, sigue siendo la casa de la razón, su misión es realizar el ideal de vida racional. En ella se estudian los grandes problemas políticos. Pero este estudio se reduce al de una ciencia cualquiera. Al ser considerada como un centro cultural, el principal interés se centra en la contemplación. Y se va llegando paulatinamente a considerar la política como un factor de perturbación. La política deforma la cultura, impide estudiarla, inhibe su creación. Por eso la universidad debe ser apolítica, debe estar al margen del vaivén de las fuerzas irracionales que la impulsan, debe ser una institución intangible, debe ser el templo de la cultura.

Más para transmitir cultura y crearla en su más alto nivel, se requiere de una capacidad comprobada. No todos los hombres tienen la misma capacidad. Aunque en todos ellos funciona la misma razón, no todos tienen el mismo poder de comprensión y creación racional. La sociedad requiere que sus mejores hombres desarrollen sus máximas capacidades racionales para que puedan crear el máximo de cultura. La cultura científica habrá de permitir la creación de una técnica eficiente, que permita al hombre aprovechar óptimamente las riquezas naturales; la cultura humanística contribuirá a la creación de la belleza, necesaria a la plenitud del espíritu y a la transmisión de los valores eternos de la cultura, encarnación de las aspiraciones más profundas del ser humano. Por eso, el ingreso a la universidad debe ser selectivo, y la selección debe continuar dentro de ella. Sólo los más capacitados, los más altos exponentes de la racionalidad humana deben de formarse en ella, para que de esa manera, puedan luego poner su extraordinaria fuerza creadora al servicio de la comunidad. Desde luego esta selección debe ser racional. Las mismas oportunidades para todos. Nadie ingresará a la universidad por razones de familia, raza o religión. Sólo los que descuellan por el poder de su razón tendrán el privilegio de ingresar al templo y de ser sus sacerdotes.

De esta manera se constituye la universidad moderna. Así pasa a ser, de una institución creada como instrumento teórico para transformar la realidad social y adecuarla al modelo, una institución de selección discriminatoria para formar los hombres que van a hacer posible la perpetuación del sistema burgués liberal.

LA UNIVERSIDAD, EL TERCER MUNDO Y LA CULTURA DE LA DOMINACION

Desde el centro del mundo, la universidad irradia su mensaje. Perfeccionada por los países más avanzados, por los que han sido capaces de desarrollar las potencias racionales del hombre hasta niveles insobrepasables, por los creadores de la ciencia y la cultura, la universidad convence al universo entero de su excelencia. Todos los pueblos de la tierra copian sus métodos y tratan ávidamente de asimilar sus contenidos. De esta manera, el modelo moderno de universidad, cuya función oficial es contribuir, en el plano teórico más elevado, a la realización del ideal de vida racional, contribuye, en realidad, a difundir el modelo social, económico y político de la gran burguesía del siglo XIX.

Convencido de que la cultura creada por los grandes pueblos europeos es la máxima expresión de la racionalidad humana, el hombre de los países marginales, trata de moldear su vida sobre ella. Por eso en nuestros países, la universidad no es sino una desdibujada imitación de la universidad europea del siglo pasado. Como los europeos, concebimos la universidad como un centro de transmisión y creación de cultura. Como ellos, pensamos que la universidad no debe ser contaminada por la política. Y, por estas razones no la orientamos hacia la verdadera racionalización de la existencia humana, es decir hacia la liberación de los hombres. Por eso nuestra universidad nunca consideró que una de sus funciones principales debía ser la contribución teórica a la forjación de la autonomía interna y de la autonomía externa de la nación. Y por eso también, el resultado principal de su funcionamiento, a partir del siglo XIX hasta el presente, ha sido el de transmitir exactamente el tipo de cultura que necesitaban las grandes potencias para dar a su dominio sobre nuestros pueblos, una sólida eficacia. La universidad latinoamericana y, en general, la del Tercer Mundo, ha sido el medio principal de transmisión de lo que hoy día se llama cultura de la dominación. Por eso, contemplada desde una perspectiva histórica suficientemente amplia para ignorar las excepciones, no ha contribuido a generar ningún tipo de autonomía nacional.

Desde luego, se trata del panorama. Porque en el detalle ha habido muchas figuras personales que han señalado el camino de la autonomía nacional y la vía de la liberación humana. Incluso en ciertos momentos característicos, la universidad ha tomado conciencia de sus limitaciones y ha hecho esfuerzos para reasumir su papel originario. Pero, en unos países más, en otros menos, estos esfuerzos han quedado limitados a la iniciativa individual o se han reducido a intentos de reformas que nunca han cuajado en una verdadera recuperación de la misión originaria. Sin embargo, la tendencia a la recuperación de la misión originaria nunca ha desaparecido. Y ello se debe a que la universidad siempre se ha proclamado la depositaria de la racionalidad, el instrumento teórico supremo de la realización del ideal de vida racional. Y como una condición de posibilidad de esta realización, ha reclamado la libertad de la razón, la total espontaneidad en los conocimientos. Por eso, a pesar de su ideologización intrínseca, siempre ha tenido destellos y ha contribuido a desarrollar una serie de conceptos y teorías que han acelerado la toma de conciencia de su condición alineada. Sobre todo en los últimos tiempos, las universidades del mundo entero y muy particularmente las de América Latina han comenzado a avanzar en la búsqueda de la autenticidad. Hoy día hay una efervescencia creciente, un dinamismo que se orienta de manera cada vez más sistemática hacia la afirmación de su misión liberadora. Y esto permite esperar que no está lejano el día en que la universidad logre posesionarse de su misión originaria: la contribución, en el más alto nivel teórico, a la realización del ideal de vida racional, es decir, a la realización de una sociedad racional o justa; en último término, a la liberación de todos los hombres. Esta contribución al proceso de liberación tiene que centrarse, mientras existan países como los nuestros, en la forjación de la autonomía nacional.

ESBOZO PRELIMINAR DE UN PLAN DE ACCION UNIVERSITARIA

Es desde luego imposible en unas cuantas líneas decir cómo debe organizarse la universidad en América Latina para que pueda cumplir su función de manera cabal. Más aún: un solo hombre no puede tener la pedante ambición de elaborar un plan de acción por sí solo. Precisamente, el sentido de reuniones como las que organiza la UDUAL es, antes que nada, que la labor universitaria sólo puede ser eficiente mediante una labor de concertación y de conjunto. Lo que sigue no tiene pues mayor pretensión que la de ofrecer unas pocas sugerencias para una acción futura, un modesto planteamiento que pueda servir como punto de partida para la discusión en esta asamblea. Nos parece que, por el hecho de que la universidad es la creación suprema derivada del proyecto de vida racional en el nivel teórico, el único modo de encarar el problema de su misión es partir del proyecto. Observemos que cuando la universidad nace, tiene una clara conciencia de su misión, pero que rápidamente esta conciencia se deforma debido al secular proceso de ideologización que incide sobre el propio proyecto de vida racional. Por eso debe buscarse la manera de superar la deformación ideológica que ha impedido que la universidad realice su tarea con la eficiencia que cabe esperar de ella. Hecho esto, sólo resta elaborar un programa operativo, difícil en el detalle, pero claro en su significación y sus metas.

Como hemos dicho, la universidad no puede comprenderse si no se tiene en cuenta su origen. La universidad, volvemos a repetirlo, es la institución que el ser humano inventa para resolver las dificultades teóricas que se yerguen frente a la realización del ideal de vida racional. Es pues imprescindible que la universidad tenga conciencia de que su misión es instrumental: la universidad es el instrumento teórico de mayor jerarquía para hacer posible la transformación del mundo, para hacer posible el paso de una sociedad irracional, es decir arbitraria e injusta, a una sociedad racional, es decir, no arbitraria y justa.

Ahora bien, si su misión es instrumental, no puede considerarse como un centro de transmisión y creación de cultura. Transmitir y crear conocimientos es algo muy diferente de transmitir y crear cultura. La cultura, lo hemos visto, por lo menos en el sentido tradicional de la palabra, es algo que se considera valioso en sí mismo, con total independencia de sus resultados prácticos, sin conexión alguna con la realidad humana dentro de la cual existe. La cultura es sagrada, y tiene, por eso, algo de mítico. La cultura es siempre tradicional, y aunque puede enriquecerse e incluso cambiarse en algunos de sus detalles, en esencia, debe mantenerse. Lo que conforma nuestra cultura es definitivo, fundamental, debe considerarse como la expresión del eterno sistema de valores que da carácter y sentido a la vida humana. Pero desde el punto de vista del ideal de vida racional, sólo tiene sentido vivir racionalmente, y vivir racionalmente es vivir en una sociedad en la que la arbitrariedad, la prepotencia de unos grupos humanos sobre otros, haya sido eliminada. Si la cultura no contribuye a la forjación de una sociedad verdaderamente racional, no tiene entonces, ninguna importancia. La creencia en la eternidad y sacralidad de la cultura ha sido el mecanismo de la ideologización de la institución universitaria. Por eso, la única manera de desideologizarla, es superar el culturalismo. La universidad no es un centro de creación de cultura, sino un centro de creación de conocimiento puesto al servicio de la realización de una vida racional, o lo que es lo mismo, la universidad es la institución en la que, por medio del análisis racional, se indica el mejor camino para lograr la liberación de los hombres.

Si se logra superar el prejuicio culturalista, se habrá dado un paso decisivo hacia la autenticidad de la institución universitaria. Una vez que la universidad se mire a sí misma como lo que realmente debe ser, su aporte a la generación de autonomía nacional quedará diáfano aclarado. Si se quiere forjar un mundo racional, debe superarse, como requisito fundamental, la arbitrariedad de los sistemas históricos reales. En otras palabras: la sociedad sólo será racional si y sólo si es no arbitraria. En consecuencia, lo primero que debe hacerse es estudiar cuáles deben ser las maneras como puede procederse para eliminar la arbitrariedad bajo todos sus aspectos. Y esto conduce al estudio del problema de eliminar la arbitrariedad interna del grupo social y la arbitrariedad externa. En el frente interno, es decir, en el país en que funciona la universidad, debe estudiarse el modo de organizar la sociedad para evitar que subsista un régimen de explotación cualquiera que sea su estructura y su grado. La sociedad debe ser un conjunto de hombres libres, capaces de decidir su propio destino. El sistema económico debe ser el socialista, entendido en el sentido de que nadie pueda ser tomado como instrumento de trabajo por otro. En una palabra, debe ser una sociedad sin clases. El individuo debe ser, como dice Kant en sus sublimes máximas prácticas, expresadas en la Fundamentación de una Metafísica de las Costumbres, un fin en sí mismo.

Pero este ideal no puede conseguirse sin cumplir dos condiciones: una condición de conocimiento y una condición de enfrentamiento con las fuerzas externas. Una condición de conocimiento porque para adecuar la sociedad al modelo de racionalidad, hay que transformarla y no se puede transformar algo si no se conoce su funcionamiento. Además, es imposible llegar a la sociedad justa sin un mínimo de bienestar. No hablamos de acumulación de riqueza, pero no cabe duda que la escasez crea demasiadas tensiones psicológicas para permitir el estado de ánimo que exige el funcionamiento de una sociedad justa. Es, por eso, imprescindible transformar la naturaleza para ponerla al servicio de la realización del ideal de vida racional. Y esto exige un profundo conocimiento del comportamiento de los fenómenos y de los hechos naturales. La universidad, así, necesita de una organización de altísima eficacia académica, para transmitir y aumentar nuestro conocimiento objetivo sobre el mundo natural y social. Naturalmente, de acuerdo con su misión originaria y con la propuesta superación del culturalismo, los conocimientos ofrecidos por la universidad tienen que estar desideologizados. Pero la desideologización no es tarea fácil. La ideologización se produce de manera espontánea, puesto que se deriva, al igual que la deformación de nuestros conocimientos cosmológicos, de la situación del sujeto. Por eso, por más conciencia que se tenga de ella, el peligro nunca desaparece. La lucha contra la ideologización es

permanente y no termina nunca. Por más aspectos ideologizados del conocimiento que se descubran siempre se terminará por descubrir otros que no se habían sospechado. Nos atreveríamos a decir que el grado de desideologización revela el grado de avance de un grupo social hacia la sociedad justa. Por eso creemos que los estudios de sociología del saber deben desarrollarse al máximo y que la teoría de la ideologización debe incluirse en todos los cursos de epistemología y de filosofía del conocimiento. La ciencia debe ser una de las preocupaciones de la universidad, pero la ciencia desideologizada hasta donde sea posible. Si se tiene la conciencia del peligro, se tiene la posibilidad de superarlo.

No basta, empero, tener conocimientos objetivos sobre la estructura y la dinámica social para poder ofrecer las bases teóricas de su posible cambio. Porque para cambiar la estructura de una sociedad es necesario vencer ciertas resistencias y estas resistencias no son sólo internas. Las relaciones de dominio de unos países sobre otros, que se manifiestan incluso, como hemos señalado, en el ámbito cultural, establecen agarros estructurales de la nación dominante sobre la o las naciones dominadas (Perroux). Estos agarros hacen que, cuando se quiere cambiar las estructuras de una determinada colectividad, los cambios repercutan en las estructuras externas. Y como estas estructuras pertenecen a una nación dominante, es inevitable que ésta trate de impedir el cambio interno. Surge así la acción de un imperialismo que puede haberse generado en una agresión militar o en una presión económica respaldada por la fuerza potencial de las armas, pero que existe como mecanismo. Cuando no se produce como una situación directa de fuerza puede sin embargo ser un imperialismo sumamente peligroso, pues se establece mediante agarros estructurales tan sutiles que a veces es difícil detectarlos y, en consecuencia, luchar contra ellos. Por eso los conocimientos científicos necesarios para servir de base teórica al proceso de liberación, no pueden limitarse al de la propia realidad. Deben abarcar las relaciones entre las diversas naciones y el estudio prolijo de los diversos tipos de agarros estructurales tanto económicos como culturales que permiten establecer la dominación de unas sobre otras. Todo ello nos lleva al estudio de las relaciones políticas y económicas internacionales, lo que, a su vez, exige un nuevo tipo de fundamentación, puesto que este tipo de relaciones no pueden estudiarse con los instrumentos de la economía clásica.

PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD DESIDEOLOGIZADA

Este es a grandes rasgos el panorama de la universidad bajo la luz de su verdadera misión. Pero el hecho de cambiar radicalmente la visión que hoy tenemos de la universidad y de pasar de una concepción culturalista a una visión verdaderamente racional, conduce al planteamiento de problemas graves. Tan graves y profundos que no pretendemos indicar vías de solución, pero debemos, sí, plantearlos, para que en la discusión puedan señalarse posibles caminos. Entre el enorme complejo de problemas que se presentan cuando se quiere enrumbar la universidad hacia su misión liberadora, creemos que los siguientes merecen ser mencionados.

El primero de todos es el del concepto de cultura. Nosotros nos hemos opuesto al concepto culturalista de la universidad. Los antropólogos dirán que esto es absurdo porque cultura es todo lo que hace el hombre diferente de lo que se encuentra sólo en la naturaleza. La respuesta es que todo depende de la significación de los términos. Es cierto que el concepto antropológico moderno de cultura es el que acabamos de mencionar, pero no menos cierto es que uno de los sentidos del término “cultura” más enraizados en la tradición universitaria, es el que hemos expuesto en las páginas anteriores. Desde la época del Renacimiento se ha considerado en Occidente que existe una cultura, que es superior a todas las otras, que tiene valor intrínseco y que el valor de lo humano depende del grado en que los hombres puedan realizar los valores de esta cultura. Y es a través de esta concepción que ha sido posible desviar a la universidad de su misión originaria. Es debido a esta beatitud ante la cultura que se puede establecer fácilmente la cultura de la dominación. Es debido a nuestra convicción de que hay una cultura esencial que hemos sentido la necesidad de copiar la organización cultural de países extranjeros y de organizar nuestras universidades de acuerdo a sus pautas. Y porque creemos en la superioridad de la cultura occidental es que hemos aceptado que sean los científicos y técnicos extranjeros los que nos impongan las pautas de nuestra propia creación científica y técnica, pautas que convienen admirablemente a la conservación de los agarros estructurales que permiten el manejo de nuestra política, de nuestra economía y de nuestra “cultura” a larga distancia. Es pues en este sentido en

que hemos tomado la palabra cultura, sentido cuya existencia no sólo no puede negarse, sino que tiene que reconocerse que es el que ha imperado y sigue imperando en gran parte de nuestros medios universitarios.

Pero el hecho mismo de rechazar y superar el culturalismo presenta peligrosos riesgos. El rechazo y la superación deben hacerse, pues son condiciones necesarias del cumplimiento de la misión de la universidad. Pero deben hacerse con plena conciencia de lo que significa el estar decidido a hacerlo. Porque una vez que se llega a la conclusión de que la cultura no es sino un medio que debe estar al servicio de la liberación de los hombres se corre el peligro de creer que nada vale la pena y de que el conocimiento científico no se rige por leyes objetivas. Es cierto que, en determinados momentos del proceso de liberación, el estudio del quechua o del náhuatl puede ser mucho más conveniente que el estudio del griego. Es cierto también que ambos lenguajes son admirables, que tienen propiedades únicas, y que, en sentido lingüístico, son comparables al griego. Hoy día, lo digo con orgullo, como consecuencia de un proceso de reivindicación de las mayorías, el quechua es lenguaje oficial en mi país. Pero de aquí no se deriva que haya que suprimir el griego en las facultades de letras por considerar que su estudio corresponde a una actitud reaccionaria. Porque, después de todo, el primer concepto de universidad nació en Grecia, en donde nació también el ideal de vida racional. Y si uno quiere conocer a fondo ambas cosas, es imprescindible recurrir a las fuentes, y nada mejor para ello que conocer el idioma original. El conocimiento del griego es, pues, fundamental para todo aquel que quiera bucear en las profundidades, en el hontanar primigenio de donde han salido las ideas que han influido decisivamente en la historia, porque, hayan o no reflejado la dinámica de la lucha de clases, no cabe la menor duda de que han sido instrumentos teóricos fundamentales en la lucha por la liberación de los hombres.

Una cosa es, pues, perder la beatitud ante la cultura, dejar de creer que el que no sabe griego y latín no puede ser un hombre culto, no puede ocupar puestos directivos en la sociedad, y otra cosa es acusar de reaccionario a quien sostenga que las facultades de letras deben ofrecer cursos de las llamadas lenguas clásicas. Asimismo, una cosa es llegar a la conclusión correcta de que en estos momentos en los estudios de matemáticas deben primar las aplicaciones prácticas, sobre todo aquellas que habrán de permitir el análisis óptimo de la manera como deben utilizarse los recursos disponibles para cambiar nuestra realidad y para poder organizar la sociedad posrevolucionaria, y otra cosa es la necia afirmación de que debe eliminarse el curso de teoría de los conjuntos transfinitos, porque al imperialismo le interesa que nuestra juventud se dedique a la matemática abstracta e inútil, para desviar su pensamiento de la revolución. No debe confundirse el principio de que la universidad debe ser una institución al servicio de la liberación dentro y fuera de la nación, con la creencia de que en ella sólo se debe enseñar la teoría de la revolución. Si se comete esta confusión la vida universitaria se reducirá a una farsa, a la enseñanza de una serie de fantasías que no serán de ninguna utilidad para el cambio social. Sólo por medio de una seriedad científica acrisolada podrá la universidad cumplir su misión liberadora, porque sólo el conocimiento objetivo (recordemos los peligros de la ideologización) puede hacer posible la transformación eficiente de la realidad natural y humana. Esta exigencia nos conduce a una situación paradójica. Es cierto que sin seriedad científica la universidad no puede cumplir su misión. Pero la exigencia de seriedad académica conduce nuevamente a la selección intelectual, y la selección intelectual conduce necesariamente a la discriminación y a la perpetuación del sistema.

La situación descrita plantea el problema de conciliar la exigencia intelectual con el rechazo de la discriminación. La conciliación resulta difícil de lograr si se tiene en cuenta que se efectúa, casi siempre, en sistemas sociales en los cuales la universidad ha perdido su misión liberadora y se ha transformado en un instrumento de justificación implícita de los grupos dominantes.

Cuando se cambia el sistema, cuando se da un primer paso hacia la sociedad justa, eliminando las estructuras de explotación económica, es más fácil conciliar el rigor académico con la índole no discriminatoria de la educación universitaria. Sin embargo, el problema no desaparece sino que cambia de signo. La selección no depende ya del antecedente familiar, de la situación cultural o de la posición económica del estudiante, sino de la manera como está comprometido con el sistema político. Aunque no cabe duda de que en este segundo caso hay menor discriminación, no deja de haberla y la universidad tiene que luchar para que la selección no signifique un acrecentamiento de poder arbitrario. Nos parece que en ambos casos, a pesar de las diferencias de grado, el problema es el mismo: el sistema universitario no debe ser un filtro de discriminación, una formación hacia el poder, sino una posibilidad universal de realización humana. La universidad auténtica, la universidad

que cumpla con su misión liberadora, será aquella que, sin crear discriminaciones ni superioridades de ninguna clase, sea capaz de ofrecer los conocimientos necesarios para la transformación de la sociedad, y la oportunidad de participar en la creación de nuevos conocimientos exigidos por la índole de la situación histórica desde la cual se lucha por la libertad. ¿Puede lograrse esta posibilidad en las actuales circunstancias imperantes en nuestros respectivos países? ¿Pueden vencerse las dificultades que se yerguen en el camino? ¿Puede la universidad contribuir de manera decisiva a conducirnos hacia la sociedad justa manteniéndose como una institución sui generis, cuya existencia requiere la acción de especialistas de alto nivel? El sentido originario de la institución universitaria está planteado. Las exigencias para el cumplimiento de su misión, han sido señaladas. Algunos de los problemas que se yerguen en el camino para cumplir las exigencias, han sido especificados. Dejamos las decisiones últimas a los miembros de la ilustrada asamblea.